

Jordi Fulla

Anatomía de una isla a ciegas

MUSEO DE MONTSERRAT. DEL 8 DE ABRIL AL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2017

“Il faut oser de faire le silence”

Sostiene Byung-Chul Han que el conocimiento es una paciente expedición hacia el silencio. Una vía negativa, a contracorriente de la siempre afirmativa y acelerada civilización. Un sendero recorrido a tientas, sin un destino prefabricado. Un trayecto en el que se han embarcado pensadores, eremitas, creadores, desde la noche de los tiempos. Algunos se han aventurado en el mismo en descenso libre, a través de los círculos elípticos del infierno. Los hay que se han decantado por la ascensión, en búsqueda de luminosas recompensas en la cima. Otros optan por el desplazamiento horizontal, a través de nieblas y peligros de la selva. Y algunos han optado por el descenso vertical, esperando encontrar vetas acuosas en las profundidades del continente.

Hace un año, Jordi Fulla propuso emprender un viaje de esta naturaleza. Trayecto iniciático, espiritual, de escafandrista. Un viaje en búsqueda de formas ignotas iluminadoras del espíritu, en el corazón de las tinieblas. En este trayecto, quien os escribe ha acompañado al artista como leal confidente de viaje. Durante doce meses nos hemos intercambiado cartas, escritos, aforismos, imágenes, películas, dibujos; un epistolario irregular e intuitivo en el que hemos estirado todos los hilos posibles de su cuerpo artístico: sus obsesiones, sus anhelos, sus inquietudes pictóricas, filosóficas y literarias más hondas... Un material calidoscópico que ha servido al pintor de soto-bosque para un proyecto plástico de gran riesgo, profundidad y envergadura.

De entrada, fue Oriente. Nos unía la necesidad de encarar un proyecto artístico que buscara resolver el punto de intersección entre Oriente y Occidente. Un viaje a Japón de Jordi Fulla, en noviembre de 2016, dio el disparo de salida a esta expedición. Era su segundo viaje a las islas niponas, diez años después del primero. Jordi Fulla es un artista de armazón occidental fascinado por la mirada oriental. El ojo de occidental le empuja como artista a calcular, trazar, emular, medir, reproducir, cartografiar, llenar, alterar. El oriental, en cambio, le induce a vaciar, sugerir, divagar y fusionarse con una naturaleza que siempre le ha maravillado a distancia, desde el visor. El punto medio entra las dos latitudes culturales lo encuentra a menudo Jordi Fulla en la búsqueda y captura de los llamados mundos flotantes: lugares indeterminados, sin tiempo ni espacio, que congelan un instante físico – un accidente natural, una rareza de la naturaleza – en un escenario infinito. Es lo que él mismo ha descrito como

la quinta estación de la pintura, una dimensión *hors du temps* que bebe tanto de la tradición artística zen japonesa –los grabados Ukiyo-e, los jardines de Kyoto, las fotografías de Hiroshi Sugimoto– como de la aquiescencia de una rama del arte occidental: de Vermeer a Magritte, de Klein a Anish Kapoor.

Después fueron las islas. Una extraña fascinación ha empujado en diferentes momentos al artista a querer captar estos dispositivos flotantes: las islas frías (*icebergs*) y cálidas (las volcánicas de Japón); islas humanas (las cabañas de piedra seca) o islas oceánicas (cartografiadas en *Islands*). En este trayecto, no obstante, hemos intentado acercarnos a las islas del espíritu, las islas como fuente de conocimiento y misterio que pueblan los imaginarios tanto de Occidente –de la isla *Utopía* de Thomas More a la isla de los muertos de Böcklin– como de Oriente –de los grabados de Hokusai a los filmes de Kaneto Shindo. La isla como anzuelo o trampa para emprender nuestro viaje, y dejar fluir todo lo que ellas nos han querido sencillamente dictar. Cuerpos ambiguos que consiguen atrapar una sensación en el instante máximo de espontaneidad natural. Este punto de tensión entre artificio y naturaleza, entre oscuridad y luz, entre realidad y abstracción, es una de las constantes en el trabajo de Jordi Fulla que en este proyecto ha tratado de ensanchar en su máxima expresión.

Y, finalmente, la noche. Todo creyente, todo místico en búsqueda de lo inefable sabe, como el artista, que para la iluminación se necesita emprender un trayecto lleno de peligros y sombras. Sabe que el camino sin oscuridad no es nunca un camino de fiar. Jordi Fulla ha emprendido este viaje en un estado –no siempre voluntario– de ceguera. Un arduo camino a tientas, que ha curtido su mirada para el encuentro con las formas insondables que moran en todo descenso espiritual: formas ignotas, ambiguas, extrañas, insólitas y, por lo tanto, terribles, tal como Rilke definía la belleza en la contemplación del ángel, o T. S. Eliot en la descripción de la tierra yerma de una Inglaterra devastada por la Primera Guerra Mundial. El camino de la belleza no es un camino meloso como nos vende nuestro mundo tecnocrático. La belleza profunda siempre tiene un sustrato trágico que requiere la valentía de ser encarado y comunicado. Esta noble tragedia, en forma de islas, tótems, volcanes, meteoritos, budas o mares interiores, es la que con total impulso y dedicación Jordi Fulla ha intentado cazar, a ciegas.

Albert Mercadé

La ascensión del río empieza de noche. El rumbo es sin motor, remando a contraviento. Sólo palpo y exhalo. Las manos se deslizan por las aguas turbulentas. Toco algas en un agua densa, espesa, pantanosa. Absorbo vapores que me ahogan en la penumbra. Vapores escindidos del bosque, que siento amenazante, a ambos lados de la orilla. También siento el arañar de las rocas angulosas, punzantes como dagas.

Las noches avanzan lentas en la barcaza. Tengo miedo, pánico. Me tiemblan las pestañas. Tengo el cuerpo entumecido por el temor. Ya no me queda saliva en el paladar. El estómago y los intestinos me palpitan. El corazón ya ni lo siento de tanto que martillea. Las orejas, rojas y desgarradas por el frío. Las fosas nasales, más dilatadas que mis pupilas silenciadas. Y con el temblor del pánico, un incomprensible sentimiento de excitación.

Con el alma purificada, y el ojo interior bien drenado, piso por vez primera tierra firme. Tierra fangosa, de alta montaña. Siempre de noche, la claridad no es huésped en esta latitud. ¡Qué temblor! Por fin diviso formas en la penumbra. Los músculos del tercer ojo se contraen por el espectáculo dantesco. Una extensión ingente de tótems biomórficos se acumula sobre una gran planicie de aspecto lunar. Centenares de decenas. Miles. Formas nunca vistas. Roquedas musculosas moldeadas torpemente por la violencia de un entorno inhóspito. Parecen copos de barro amontonados por un niño, pero sin inocencia. Y con un dorado intenso, que me deslumbra. Una luz estridente que nace de la piedra que ningún sol ilumina.

Una sola forma parece elevarse al final de la pendiente. Una forma flotante de aspecto terrible. Parece una roca de meteorito, elevada a pocos metros sobre tierra. Un huevo irregular que se sostiene con tensión sobre la atmósfera. Algo resplandece en su dorso. Parecen chispas de fuego, supervivientes en un atardecer lunar. Es la primera luz que diviso en esta tierra baldía. Y su reflejo me aserena: centenares de islas emergen en el horizonte del alba.

¡Era esto! Había que coronar la cima para divisar, tras la selva, tras los tótems, tras los vapores, este inicio de alba candente, que me descubre lo que tanto anhelaba: las islas ignotas del mar jamás navegado. Me siento, y diviso. Destenso todos los nervios del cuerpo. El alma, por fin, se reconcilia con mi carne. Las pestañas de los ojos reales por fin se levantan. La mirada, húmeda, se pierde en estas islas remotas. Son islas de Dios jamás pisadas por el hombre. Solo retuena el clamor de las islas volcánicas. Algunas de ellas todavía humean. Son erupciones súbitas de volcanes marinos. Expelen toxinas del fondo de la tierra. ¿Humean algún mensaje? No hay mensaje que valga. Lo tengo todo. No tengo nada. Vértigo del no lugar.

[A. M.]